Desde la oscuridad previa al romper el alba,
traer a la vigilia el silencio del sueño.

Ella llega alzando su falda, posa los pies sobre el mullido musgo.

Sentada en la roca me observa. Se detiene en los lunares de mi frente, yo miro sus manos sin timidez ni apuro. Escucho la humedad del verde sonoro. Un ciervo camina a nuestro lado; en sus ojos reconozco la mirada de mi abuela. Sus astas se desprenden sin señal de dolor.

Hemos permanecido en silencio numerosos encuentros, pero ahora su voz camina por mis cavernosos pasillos.

Mientras habla, soy la llama unida a la brasa.